

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 26 AÑO 1997

TEMA 3. OBRAS: 3.4. TANNHÄUSER

TÍTULO: **RECORDANDO EL “TANNHÄUSER” DE PARÍS**

AUTOR: *Berta Schleicher*

El año en que “Tannhäuser” aparece de nuevo en Bayreuth nos hace recordar una vez más las célebres y lamentables representaciones de 1861 en París. De los que en aquellos días participaron en los desafortunados hechos probablemente sólo sobrevive una persona, la hija adoptiva de Malwida von Meysenbug: Olga Monod-Herzen, que en aquellos momentos era una niña de diez años. Junto a la “Idealista” vivió los días de alborozada espera y más tarde la amarga decepción sufrida por el grupo de amigos que rodeaba a Wagner, y guarda todavía en su memoria el recuerdo de uno de los momentos más memorables de su vida. A menudo habla sobre este suceso y logra que, a pesar de las siete décadas transcurridas, las tumultuosas noches de aquel mes de Marzo aparezcan vivas ante nuestros ojos.

En aquella primavera de 1861, Malwida von Meysenbug, la fiel amiga de Bayreuth, publicó en el Daily News un verídico relato de lo ocurrido en París, y se dio el curioso caso que al regresar a Inglaterra, Karl Klindworth, le habló en términos elogiosos del artículo ignorando que ella era la autora. Pero para nosotros es mucho más auténtico lo que sobre el caso escribe al final de sus “Memorias de una Idealista”. No creo que ningún otro relato de la suerte que corrió “Tannhäuser” sea tan interesante y exacto como éste. Inicialmente estaba previsto que se obtendría un gran éxito. En el primer ensayo de la obra completa, tras el precioso sexteto en el cual los “Minnesänger” saludan al recobrado Tannhäuser, la orquesta se puso en pie como tributo de admiración hacia el compositor. Pero las buenas perspectivas se esfumaron rápidamente. De manera encubierta se infiltraron el rechazo, la envidia y la intriga. Los que desencadenaron las protestas fueron los jóvenes señores del Jockey-Club parisién que tomaron como una afrenta que el ballet se diera en el primer acto. Así, ellos fueron los que prepararon todo el complot.

Dejemos que hable Malwida: Los señores cometieron la vileza de armarse con silbatos para hacer patentes sus profundos conocimientos artísticos. Los nubarrones que anunciaban tormenta eran cada vez más densos. Inquieta me dirigí al ensayo general acompañada de Olga porque quería que empezase a amar el arte en una de sus formas más bellas y excelsas. El ensayo transcurrió sin problemas. El numeroso público estaba formado en gran parte por amigos, entre ellos la princesa Metternich que dio grandes muestras de agrado.

Para mí la noche fue un verdadero paraíso porque por fin logré lo que durante tanto tiempo había soñado; a pesar de que la representación tuvo algunos fallos que seguramente disgustaron a Wagner. En cambio hubo cosas muy bellas, como por ejemplo la Elisabeth de la Sachs; pero el ambiente que se respiraba confirmó mis temores. La pequeña Olga captó, como yo había deseado, el encanto de la obra, permaneció sentada, quieta, embelesada, sin dar muestras de cansancio a pesar de lo tarde que terminó el ensayo. Al salir me encontré con Wagner que estaba esperando a su esposa. Lo vi disgustado, insatisfecho, su rostro reflejaba la poca seguridad que tenía de que esta representación saliera victoriosa de la lucha que se preparaba. Pasó un día de tensa espera y al fin llegó el momento decisivo. La obertura y el primer cuadro pasaron sin problemas; a pesar de la antiwagneriana idea de la danza de los dioses en el Venusberg y de los tutus rosa de las tres Gracias, respiré aliviada y confié en que mis temores no se hicieran realidad. Pero cuando en escena se pasó de la licenciosa bacanal subterránea a la virginal serenidad matutina del boscoso valle de Turingia y resonó la melodiosa dulzaina y el canto del pastor, en la sala estalló de repente la acometida tan bien preparada. Los gritos y los silbidos fueron tan ensordecedores que tuvo que interrumpirse la obra, naturalmente los amigos y el público que quería escucharla también gritaron defendiendo sus derechos y como este grupo era el más numeroso logró imponerse al resto y la representación pudo continuar. Los cantantes no se arredraron ante el escándalo y continuaron su trabajo de la mejor manera posible. Pero la calma duró poco, el barullo empezó de nuevo. Los oponentes mantuvieron su superioridad, por lo cual la representación logró llegar hasta el final. Pero la obra había sido tan fragmentada que hasta los mejor predispuestos no lograron hacerse una correcta idea de su contenido. Soy incapaz de explicar en que grado de irritación me hallaba y puedo asegurar que el resto del público que había pretendido disfrutar de la velada se hallaba en la misma situación.

Pocos días después hice una visita a Wagner. Lo encontré indignado pero sereno. Hasta la prensa, que se enzarzó en unas violentas discusiones, reconoció que durante la accidentada representación Wagner había conservado la calma. El Maestro estaba decidido a retirar la partitura ya que creía que con semejante público era imposible que la obra triunfara. El grupo de amigos que lo acompañábamos opinábamos lo contrario, queríamos un segundo intento para lograr el éxito esperado. Nuestra exaltación no nos permitía ver que justo en aquel momento la cosa era imposible.

Así llegó la segunda representación. Ambos bandos se habían preparado a conciencia. La batalla fue mucho más violenta que la primera vez. Yo me encontraba en un palco en

compañía de la esposa de Wagner. A nuestro lado un grupo de franceses organizaron un tremendo escándalo con sus gritos y sus silbidos. Estaba tan indignada que al fin no pude contener mi cólera y grité en francés: “¿Ustedes son los que pretenden dictar al mundo lo que estéticamente es correcto? Lo que ustedes son es una pandilla de golfos callejeros sin la más mínima educación que les permita respetar a los que quieren escuchar la obra en paz.” Grité con tanta fuerza que la señora Wagner me dijo asustada: “¡Dios mío! ¡Es usted demasiado valiente, ésto puede crearle problemas!” Pero yo no pensaba en nada, sólo en mi rabia y en el desprecio que tal público merecía. Finalmente me dirigí directamente a mis vecinos: “¡Señores, aun que no sientan respeto por nada, sepan que aquí, a su lado, se encuentra la esposa del compositor!” Esto los desconcertó un momento, pero no tardaron en reanudar sus gritos. A pesar de todo esta vez tampoco lograron que bajara el telón y la obra llegó hasta el final. Wagner quería terminar con el escándalo, pero logramos convencerlo de que debía darse la tercera representación ya que la función no era de abono por lo que esperábamos que los alborotadores quedarían fuera asistiendo sólo el público que pretendía disfrutar de la obra. Wagner decidió no asistir a la función para ahorrarse otro inútil disgusto. Su esposa opinó lo mismo. Pues bien, los provocadores se presentaron de nuevo más numerosos que nunca y además puntuales, cosa que no era frecuente en ellos. El comportamiento de los cantantes fue heroico, a menudo tuvieron que permanecer callados más de 15 minutos esperando que el tumulto de la sala se calmase. Tranquilos, mirando impávidos el público, aguardaban a que cesara el barullo para seguir cantando y esta vez también terminé la representación, aun que, como los otros días el absurdo comportamiento de estos grupos no permitió disfrutar de la producción que contaba con algunos efectos escénicos muy bellos. La pequeña Olga estaba tan irritada como yo. Ella también admiraba a Wagner ya que su música había penetrado en su joven alma introduciéndola en el reino de los sonidos, ejerciendo sobre ella una intensa y fascinante influencia. Olga intervino furiosa en la lucha, se inclinó sobre la barandilla del palco y gritó con todas sus fuerzas: “À la porte, à la porte!”, indicando el camino a los elegantes jóvenes que no cesaban en sus silbidos. Dos caballeros que se encontraban en nuestro palco, encantados por la indignación de la niña, exclamaron: “Elle est charmante!”

Eran las dos de la madrugada cuando nos reunimos en el foyer con un grupo de amigos con los que habíamos quedado para dirigirnos a casa del Maestro ya que estábamos seguros que estaría esperando la reseña de los acontecimientos. Nuestra presunción fue acertada. Los encontramos sentados ante una taza de te, fumando Wagner su pipa. Recibió la noticia

de la enconada lucha con una sonrisa, y bromeó con Olga, le dijo que le habían contado que ella también había silbado. Pero en el temblor de su mano al estrechar la mía advertí que el desagradable suceso lo había afectado profundamente. Al recaer todo el descrédito sobre el público culpable del grosero y detestable episodio, ante Wagner se abrió de nuevo una esperanza, a pesar del sombrío y descorazonador camino que no quería allanarse.

Naturalmente el Maestro retiró la partitura definitivamente y así terminaron las luchas en el teatro, pero no en la prensa ni en la sociedad donde continuaron enconadas durante semanas. Desde los tiempos de Gluck no se había visto nada semejante. Pocas fueron las voces que censuraron el comportamiento del público, pero las que lo hicieron salieron de sectores de cierto prestigio. Entre ellas la del veterano Jules Janin que escribió un artículo muy gracioso sobre el abanico de la princesa Metternich que acabó destrozado sobre la cabeza de los revoltosos, sirviéndose de esta anécdota para fustigar violentamente el comportamiento de los parisinos.

La obra que Malwida vio entonces tan lastimosamente fragmentada la recuperó tres décadas más tarde en su auténtico contenido cuando, en 1891, "Tannhäuser" subió por primera vez al escenario de los Festivales de Bayreuth. La anciana, joven de espíritu y de corazón, expresó en esta ocasión su admiración por el personaje de Tannhäuser que es válida para nosotros y para las generaciones futuras. "Tannhäuser", dijo, "es sin duda uno de los héroes trágicos más maravillosos que la poesía de Wagner ha creado librándolo de los añadidos que la saga contenía, lo ha moldeado como una auténtica figura dramática impregnada de una humanidad esplendorosa. La soberbia idea de la redención por amor, que Wagner utiliza en muchas de sus obras, ¿puede encontrarse expresada de manera más bella en otro lugar que no sea "Tannhäuser"? Esta obra, con su frescura juvenil sube con pleno derecho al escenario de Bayreuth para colocar el primer peldaño de la escalera gloriosa que nos conducirá al reino ideal en el que se encuentra el Templo del Gral."

*Publicado en el Programa de mano de los Festivales de Bayreuth del año 1930*

*Traducción: Rosa M<sup>a</sup> Safont*

